

JOSÉ ANTONIO MARINA



es@lavanguardia.es

crear

## EL OLEAJE

Hay dos espectáculos que ejercen sobre mí una fascinación casi hipnótica: el fuego y las olas. Son la glorificación de formas efímeras, la permanencia en el cambio incesante. Captan nuestra atención porque satisfacen nuestra inagotable concupiscencia de imágenes en movimiento. Por este placer que produce la variedad, prefiero las costas agitadas, la áspera disputa del agua con la roca. No se cansa el mar de intentar convencer a la piedra de que él es el mar. Y lo hace fragmentándose engañosamente en la mínima plenitud de la espuma. Un tipo de seducción como otra cualquiera. En cambio, en las playas tranquilas, el mar parece ponerse el traje de faena, y dedicarse a producir

olas iguales, como si fabricara tornillos. Da a luz un oleaje tenaz, pero sin entusiasmo.

Escribo frente a un mar encrespado. Cabalgando llegan las olas, al galope, en escuadrones desbocados. Ahora comprendo por qué los antiguos griegos creyeron que los caballos eran hijos de Poseidón, el dios de las aguas vivas. Divinizaron una metáfora perceptiva, que es el colmo de la altivez poética. Sigo con la mirada ese ir y venir que estalla bramando. Me mantengo en actitud contemplativa. Disfruto con el espectáculo. Las formas van y vienen como una música, que para el oyente es la perfección del placer pasivo. El arrullo es la música que conduce al sueño. Pero, bruscamente, siento un deseo irreprimible de expresar lo que veo. De hacerlo mío, profiriéndolo. Es como si el oyente deseara de repente componer, cantar o bailar. Mi actitud ha cambiado. Proust contó una experiencia

semejante en *Du côté de chez Swann*. Durante un paseo en coche de caballos le llena de exaltación la aparición y desaparición, siguiendo las vueltas y revueltas del camino, de los campanarios de unas iglesias. Entonces, siente tanto deseo de escribir que pide prestado lápiz y papel. “Me sentí feliz, y como si fuera una gallina y acabara de poner un huevo, me puse a cantar a grito pelado”. La poesía es un modo de expresar lo contemplado. Neruda ya cantó la batalla de la espuma y la piedra que estoy viendo:

“Con siete lenguas verdes / de siete perros verdes / de siete tigres verdes, / de siete mares verdes, / la recorre, la besa, / la humedece repitiendo su nombre / Oh mar, así te llamas”.

Pero no sólo la poesía expresa bellamente la realidad. También lo hace la ciencia. La mecánica de fluidos, por ejemplo, intenta expresar en una ecuación la vibrante movilidad que percibo. No me extraña que los físicos hablen de sus ecuaciones como de una maravillosa poesía, con criterios estéticos. A Einstein le costaba trabajo admitir que las ecuaciones de Heisenberg eran verdaderas, porque le parecían muy feas. Deliciosa interferencia de los géneros. La ciencia, como la poesía, es un proyecto de expresión. La única diferencia es que el lenguaje científico tiene unos procedimientos de corroboración que la poesía no se exige. Por lo demás, a la realidad le trae sin cuidado que exista el científico o el poeta, está siempre más allá. Sólo podemos conocerla a la manera humana, inventando sistemas de conceptos para hacerla navegable, comprensible o adorable. “Poéticamente habita el hombre la Tierra”, dijo Hölderlin. Hagamos poesía o hagamos ciencia, añadido yo. Este es el humanismo básico que engloba todas nuestras creaciones,

y que deberíamos explicar a nuestros universitarios para que la hiperespecialización no les embrutezca.

Después de tanta meditación, he acabado cantando un bolero de mi infancia: “Mirando al mar soñé que estabas junto a mí...”, lo cantaba un tal Jorge Sepúlveda. Un “vocalista”, como se decía entonces. ■

**A LA REALIDAD LE TRAE SIN CUIDADO QUE EXISTA EL CIENTÍFICO O EL POETA, ESTÁ SIEMPRE, MÁS ALLÁ**



Raúl